

EN TORNO A OFICIO DE TINIEBLAS*

Hablar de la novela mexicana contemporánea significa tocar problemas de índole histórica, política y social del país a partir del año de 1910; examinar las preferencias por ciertos temas y por determinados procedimientos narrativos; e intentar la clasificación de una producción muy abundante y cada vez más valiosa, tanto desde el punto de vista estrictamente literario como desde el manifiesto interés que supone para el escritor explicarse la realidad social en que vive. En vista de que las reflexiones en torno a estos asuntos distraerían nuestro tiempo, he preferido, en vez de referirme al cuadro de generalidades que podría presentar aquí acerca de lo que ha sido la novela mexicana en cincuenta años de vida, intentar el acercamiento a una de estas obras que, a mi juicio, no solamente ofrece un asunto de actualidad latente, sino que, además, es un buen ejemplo de cómo por las vías de la verdadera recreación artística, los problemas que afectan a una región geográfica de México logran trascender su localismo y convertirse en problemas generales humanos.

Como se sabe, los dos países latinoamericanos que cuentan con una tradición prehispánica más rica son México y el Perú, y son también estos dos pueblos los que se han enfrentado con mayor o menor realismo al problema del indio desde principios del siglo XIX.

Es posible encontrar al indio como personaje de alguna obra épica, lírica o dramática desde el siglo XVI, pero siempre de manera incidental, pues es hasta el siglo XIX cuando el tema adquiere algún relieve. Las influencias de Bernardino de Saint-Pierre, de Rousseau y, sobre todo, del Barón de Humboldt son evidentes en las obras escritas en ese tiempo. Rodó dice al respecto que "Humboldt y Chateaubriand convertían casi simultáneamente la naturaleza de América en una de las más vivas inspiraciones de cuantas animaron la literatura del luminoso amanecer de nuestro siglo". Puede decirse que en la conciencia del país, desde Las Casas y Clavijero, ha sido evidente la preocupación por el elemento indígena. El romanticismo, por su índole misma, fue propicio para la valoración de lo nativo, tanto en su aspecto nacionalista como en el exotista, y, pese a la gravedad

* Conferencia leída el día 15 de octubre de 1963 en el Instituto Cultural Hispano Mexicano de la ciudad de México.

de la situación política interna, la generación de la Reforma tampoco desconoció ni soslayó el problema. Sin embargo, es la Revolución la que propone este asunto como algo nuevo. Al hacer la revisión de los valores nacionales, los presenta como motivo de estudio a la luz de la historia, de la antropología, de la sociología. Al mismo tiempo, el conocimiento de la historia de estos pueblos, de sus tradiciones y de su folklore, empieza a matizar las manifestaciones artísticas nacionales. Incorporado el elemento indígena a las corrientes tradicionales, viene a dar un carácter original y de afirmación nacionalista lo mismo a la música que a la literatura, a la escultura, a la pintura y a la danza. Como consecuencia inmediata, aparece el desarrollo de las artes populares, tan notables por su variedad, finura y riqueza.

Podemos considerar que, entre nosotros, la primera novela indigenista es *El indio*, de Gregorio López y Fuentes. Se da en ella una síntesis de la situación que estos pueblos han soportado hasta los años posteriores a la Revolución, y el autor parece convencido de que todos los contactos que los indios tienen con la civilización son negativos. Su protesta señala que, hasta el momento, el indio ha sido víctima de la explotación y ha quedado al margen de las conquistas sociales del país.

El intento de profundizar en este tema se enriquece con las aportaciones de Miguel Ángel Menéndez, quien se acerca, en *Nayar*, al mundo mágico de los coras; Mauricio Magdaleno lleva su interés social a una comunidad de indios otomíes que sufren la tragedia de la esterilidad; la vida y costumbres de los seris están recogidas en *Lola Casanova*, de Rojas González, y los problemas de los indios de Yucatán, en *Héroes mayas* y en *Naufragio de indios*, de Abreu Gómez.

Sin duda la zona indígena más favorecida por los novelistas es la de Chiapas. Forman este ciclo *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas; *El callado dolor de los tzotziles*, de Ramón Rubín; *Los hombres verdaderos*, de Carlo Antonio Castro; *Benzulul*, de Eraclio Zepeda; *La culebra tapó el río*, de María Lombardo de Caso; y *Batán Canán* y *Oficio de tinieblas*, de Rosario Castellanos. Se trata de autores que ensayan otros caminos —diferentes a la descripción folklórica de costumbres y a la protesta social— para ahondar, con mejores instrumentos, en la vida misma del indio a través de sus propios testimonios y en función de una convivencia que permite un real acercamiento y válidos elementos de juicio para la interpretación de la psicología y de la cosmología indígenas.

No voy a referirme ahora a la novela indigenista en general ni

al ciclo de Chiapas en particular, sino sólo a una novela de esta clase: *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos, obra aparecida en México el año pasado (1962). La autora, considerada como poetisa de alto valor desde su libro *Poemas* (1957), busca ahora, por los caminos de la prosa, transmitir sus experiencias vitales recogidas en su región chiapaneca, que tan bien conoce y ama. De la devoción por su lugar de origen dan buena muestra sus libros *Balún Canán*, *Ciudad Real* (cuentos) y, finalmente, *Oficio de tinieblas*.

Es muy probable que los atributos con que han investido a los indios tanto los noveladores indianistas románticos como los indigenistas antropólogos o etnólogos de hoy, respondan con mayor justeza al criterio del fotógrafo que al del sujeto retratado, y también es posible que un elemento pasivo como es el indio, haya servido o pueda servir como bandera de tal o cual credo político o social mientras no se defina por cuenta propia, pues es fácil, aun sin quererlo, imponer al indio una mentalidad prestada, sujetarlo a reacciones inventadas, transformándolo en proyección de los intereses de aquel que trata de entenderlo o explicárselo. La historia confirma que se le ha considerado demoníaco si la intención es la salvación; rudo, si es la esclavitud; intelectualmente capaz y con derecho a la libertad, si tiene que justificar principios humanísticos o democráticos.

De todas formas, puede advertirse que *Oficio de tinieblas* busca más allá del retrato de apariencias y de la anécdota interesante. Participa de esa necesidad que no es excepcional ya en el mexicano actual, en el mestizo consciente de su parte en la edificación de su realidad, que quiere destruir sus paradojas; ser dueño de su pasado y de su presente, y se aventura, sin timidez, a encarar el futuro. En su afán de comprender la parte de verdad que se le hurta, la autora no puede dejar de lado los problemas religiosos, ni los sociales, ni los económicos, ni los sexuales. Todos ellos integran el mundo en que se debaten los seres humanos. Pretende interpretar, en todas sus dimensiones, tanto el círculo indígena chamula, como el grupo mayor con el que está relacionado y en el que conviven indios, finqueros, ladinos, sacerdotes y advenedizos. La separación no es tan absoluta como podría creerse y las conexiones quedan al descubierto al examinar las relaciones del hombre y del grupo humano a que pertenece: la familiar, la religiosa y la social. Además, entre las diferentes nociones de los mundos que recíprocamente se enfrentan, el blanco y el chamula, se establecen puentes de contacto por personajes intermedios e intermediarios. Por ellos podrá

conocerse, partiendo de los extremos, la mecánica de los acontecimientos que dan lugar a la obra.

El núcleo anecdótico parte del hecho de que Fernando Ulloa, un idealista servidor del gobierno en tiempos del presidente Cárdenas, lleva a Chiapas la misión de hacer vigentes las disposiciones agrarias en el sentido de restituir a la población agrícola los terrenos de propiedad comunal que por derecho le pertenecían desde la época colonial y que el movimiento revolucionario de 1910 no pudo resolver en el primer momento. Pero... ¿por qué no puede hacerse efectiva la acción de la justicia?; ¿qué fuerzas luchan por el poder de las conciencias?; ¿qué papel juegan aquí los indios?; ¿qué maniobra diabólica transforma un acto de obediencia a la ley en labor subversiva contra el gobierno? *Oficio de tinieblas* tratará de responder a estas preguntas con los datos que haya obtenido del estudio del conflicto en sus repercusiones externas y con los datos que le proporcione el acercamiento al ser más íntimo y humano de los personajes que juegan papel definitivo. Todos ellos, indígenas o no, han sido objeto de un cuidadoso análisis que busca desentrañar, por diferentes e intrincados caminos, la razón de la conducta humana.

Sin duda el enemigo mayor con que cuenta Ulloa será el latifundista, que no querrá ver disminuido su poder ni reducida su hacienda. La lucha es a muerte, y en ella todos los procedimientos son válidos. La rotunda vitalidad de Leonardo Cifuentes señala al hombre fuerte, primitivo y astuto, seguro de su meta y seguro de su conocimiento de las debilidades humanas. Frente a él, el iluso Ulloa es sólo un ingenuo —con armas nobles pero débiles— que llegó tarde y lo perdió todo.

Pero aunque el conflicto así planteado tenga fatalmente que resolverse con la lógica del más fuerte, el problema no es tan sencillo, ni a la novela interesa la anécdota por ella misma. Busca, en cambio, armonizar a los personajes con el mundo que los rodea, descubrir sus pasiones y enfrentarlos a ellas. El indio no escapa a este tratamiento y se resuelve, como los otros, en tragedias personales. No va a ser únicamente el punto de las vejaciones del blanco, desposeyéndole con ello de su validez total como persona, puesto que de ser así, existiría sólo en función de la importancia del otro.

Desposeído y miserable, el indio fue algo más y algo menos que una protesta muda. Su mudez, sinónimo de torpeza, se hacía más evidente cuando pretendía defender sus derechos a tropezones, con ideas demasiado atormentadas, duras como piedras inmóviles. Pues bien, esta imagen estática —hasta el momento la

familiar y conocida— empieza a desprenderse su dura corteza para dejar el paso a otra, menos convencional y más prometedora. ¿Víctima? Sí, pero ni más ni menos que cualquier hombre, en un momento dado, o que cualquier ser débil y pobre. ¿Qué hace, en cambio, con las inquietudes que le germinan dentro? ¿Cómo reacciona ante el amor y el odio? ¿Cómo desahoga su angustia y su decepción al contraponer sus sueños a sus realidades? ¿Y cómo manifiesta su necesidad de fe, de comunicación, de comprensión?

Aunque parezca que devolver su humanidad a un ser que no la tuvo nunca, sería suficiente acto de justicia y plan válido para establecer, en igualdad de condiciones elementales, una interpretación de hechos en que blancos e indios tuvieron parte, hay que contar además con el elemento histórico, sin cuyo concurso la conclusión sería falsa.

Bien se sabe que, entre los pueblos indígenas, vagas nociones de la cultura occidental, superpuestas a restos de culturas prehispánicas, dieron un producto distorsionado en el que las contradicciones y las aberraciones se encuentran a la mitad del camino. Sobre tal base, el pasado remoto tiene vigencia actual; las consideraciones aprendidas de manera circunstancial suelen ser el eje de la vida de un pueblo, en tanto que el pasado reciente parece que no existe. Es en el aspecto religioso donde los intentos civilizadores dieron frutos más impuros, y donde aparecen en mayor abundancia nociones que no se apegan a nuestra lógica. Y es natural: una comprensible distancia se abrió desde siempre entre blancos e indios a causa de la religión idolátrica de éstos y de sus prácticas calificadas de monstruosas. La presencia de los ídolos causó en los blancos terror irreprimible, y de cierto les atribuyeron malévolas influencias. El acercamiento a ellos se realizó por las vías estéticas y muy tardíamente. En la literatura, las generalidades, las evasivas o la imaginación evitaban a los escritores su encuentro con el misterio.

Oficio de tinieblas no oculta la atracción fascinante que le deparan los símbolos inasibles. Parte del principio humano de que el hombre necesita de sus dioses en la medida en que los dioses necesitan a los hombres. Mientras unos exigen adoración constante, los otros requieren su ayuda para realizar su misión y defenderse de penas personales y colectivas. Los dioses necesitan ser palpables; representan una síntesis de creencias y necesidades; son la personificación esencial del mito y del cosmos, el apoyo y la respuesta entre lo desconocido y el hombre.

Los grupos indígenas no incorporados a la civilización, aunque

acosados por ella, hablan sus lenguas primitivas y conservan sus costumbres y su religión. Sin embargo, lengua y religión están interferidos por rasgos de la cultura occidental. En ocasiones, los intentos civilizadores sólo sirvieron para despojarlos, sin reponerles nada en cambio. Mutilados quedaron en su expresión, en sus creencias, en su vida social. Cuando el recuerdo del pasado aflora, y de vaga intuición se convierte en desesperada necesidad de reunir lo disperso e integrar lo destrozado, parece haber llegado el momento único en que la naturaleza humana, iluminada por poderes sobrenaturales, participa de un hábito mágico que la señala y la preserva. Magos, brujos, sacerdotes, tienen ligas directas con el misterio: investidos con cualidades peculiares, son los intermediarios entre los dioses y sus criaturas.

Por el lugar de privilegio que ocupa el elemento religioso en la vida indígena, *Oficio de tinieblas* lo propone como punto de partida para llegar a la comprensión de este grupo social. El nombre mismo del libro se refiere a uno de los ejercicios de la Semana Santa, que contiene pasajes de las *Lamentaciones* de Jeremías; es anterior a las celebraciones del Viernes Santo, y consiste en apagar gradualmente las velas que están en el altar, cuyo número varía entre doce, quince y veinticuatro, y de las cuales sólo debe quedar prendida una. Se trata de un oficio fúnebre que sugiere el desconsuelo y la oscuridad en que quedó el mundo después del prendimiento de Jesucristo y de su crucifixión; la convulsión de la naturaleza, el dolor de los discípulos y la ceguera de los judíos. La luz renace con la resurrección y el sacrificio propicia la vida eterna. Este simbolismo parece orientar toda la obra, con la que se ajustan, incluso, hechos de carácter histórico ocurridos en el pueblo de Chamula en diferentes épocas. Los personajes principales y los acontecimientos no son, pues, una invención. La novela ha aprovechado el material existente y ha tratado de explicar la historia con referencia a la situación personal de los protagonistas, teniendo en cuenta la circunstancia económica, política y religiosa del grupo indígena chamula.

Se sabe que en la época de la Reforma hubo una rebelión chamula cuyo origen estaba ligado a la situación de la propiedad agraria y a la miseria en que vivían los indios. El procedimiento para orientar la rebelión tuvo buen éxito, porque aprovechó las creencias religiosas. En 1867, Pedro Díaz Cuscat, fiscal del pueblo de Chamula, en unión de su mujer, Agustina Gómez Checheb, fabrican una figura de barro en el paraje de Tzajalhemel y hacen correr la versión de que este dios ayudará a los indios en sus

necesidades. Cuscat proyectaba la voz del dios, y el culto fue tomando importancia. Cuando el cura del pueblo se enteró de estas prácticas, se llevó al ídolo, que poco después fue sustituido por otros. La versión que Cuscat y su mujer hicieron correr fue que ella los había parido. Mientras crecía el ritual de estos nuevos dioses y el ascendiente de la mujer, crecía también el sentimiento de rencor contra los ladinos, causantes de la situación miserable de los indios. El hecho de que Cuscat hubiera sido aprehendido por llevar a cabo tales prácticas y luego puesto en libertad —con el argumento de la libertad de cultos— convenció a los indios tanto de la calidad extraordinaria de Cuscat, como de la necesidad de combatir a los ladinos. Como acto propiciatorio, Pedro Díaz Cuscat propone a su pueblo la elección de una víctima cuyo sacrificio los igualaría a los blancos. El elegido es Domingo Gómez Checheb, de dieciocho años, quien fue crucificado el Viernes Santo de 1868. Ignacio Fernández Galindo se encarga de definir la situación: entrena militarmente a los indios y comanda el incendio, saqueo y destrucción de las casas de los ladinos, así como el asesinato de hombres, mujeres y niños. Entretanto, el cura Miguel Martínez y su comitiva son asesinados cuando intentaban destruir los ídolos. La alarma crece, pues son seis o siete mil indios los que están en pie de guerra. A pesar de tal número, la ayuda del gobierno determina su dispersión. El movimiento subversivo se mantiene latente durante años. Galindo es fusilado y Cuscat escapa.

Estos son escuetamente los hechos históricos que Rosario Castellanos revivió en *Oficio de tinieblas*. La época en que ella los presenta es la cardenista, antes de la cual no se había operado un cambio significativo en la situación de los indios. Puede observarse que en la novela se emplean dos tratamientos diferentes en relación con el tiempo: si se refiere a los indios, se da como un todo completo formado por acumulación; estático, sin movimiento externo. Fuera del mundo indígena, ha de entenderse como secuencia o progresión. El procedimiento se justifica desde el punto de vista artístico, pues al mismo tiempo que ilumina los rincones oscuros de la conciencia colectiva de los grupos humanos sobre los que, en efecto, el tiempo se ha detenido, favorece la interrelación de elementos históricos y novelescos intensificando la eficacia simbólica y la verdad psicológica.

Para explicar el problema religioso, Rosario Castellanos lo enfoca desde tres ángulos: el de la sacerdotisa indígena, el del joven cura Mandujano y el del sacristán indio de la iglesia de Chamula, Xaw Ramírez Paciencia. La "ilol" trata de restituir a

su pueblo los ritos de la antigua religión idolátrica con sus ritos católicos, difíciles de separar desde mucho tiempo atrás; Mandujano impone con severidad los preceptos morales, y Xaw Ramírez Paciencia se encuentra en una posición intermedia en la que, consciente o inconscientemente, busca su predominio.

Catalina, tejedora de oficio, mujer del juez Pedro González Winiktón, respetada por todos, es dueña de la atención de su marido, a pesar de no haberle podido dar un hijo. Catalina recorre el solitario camino de su frustrada maternidad, adivinando con amargura el proceso que la llevará irremisiblemente a encerrarse en sí misma. Su sentimiento maternal se vuelca en Domingo, a quien decidió aceptar desde el momento en que adivinó su concepción violenta y presencié su nacimiento bajo signos adversos. Cuando el niño crece se acentúa la soledad de la mujer. Sorda para las relaciones del mundo, aprende a escuchar las voces de sus dioses ancestrales. Vuelve a la cueva de su infancia y se convierte en sacerdotisa de un culto que promete para los suyos el fin de la adversidad. Atropellada por el celo religioso del Padre Mandujano, es encarcelada por cargos de culto idolátrico y por intentos de sublevación. Pese a las afrentas y a la confusión, Catalina sale de allí con un nuevo prestigio: ha violentado las puertas, las rejas, las acusaciones. La psicosis colectiva le confiere mayor poder, y el P. Mandujano y sus acompañantes son sacrificados al pie de los ídolos. Ni Winiktón se salva de los poderes superiores de Catalina, y aprovecha el sueño de la mujer para enviar su mensaje a los dioses que ella ha fabricado con sus propias manos: "Diles que nos devuelvan la tierra, Catalina." Las festividades de Semana Santa en Chamula hacen propicia la ocasión para crucificar a Domingo —el niño de diez años (en la novela)— a la vista del pueblo y a semejanza del Dios de los cristianos. Con su muerte y su sangre iguala a los indios y a los blancos: aquéllos tendrán también vida eterna.

El carácter de Mandujano está presentado con extraordinaria fortuna. Conocido y temido por sus rebeldías y audacias, esconde poco su ambición de dominio: "su reino sí es de este mundo". Como elemento peligroso, las autoridades eclesiásticas lo recluyen en San Juan Chamula, y así se acentúa su rencor y desprecio por los indios. Magnífico en sus escaramuzas dialécticas con el obispo Cañaveral; soberbio en su ira ante los actos del culto pagano en la iglesia o en la cueva; sombrío en su destierro de San Juan; justo en sus declaraciones contra los indios idólatras; víctima al fin de una ambición mayor que la suya, queda reducido a sangrienta piltrafa en la cueva húmeda.

Xaw Ramírez Paciencia es el sacristán de San Juan Chamula. Su cargo, como ocurre en las organizaciones indígenas, es vitalicio. Cuida el templo, toca las campanas y el órgano, atiende al sacerdote, le sirve de intérprete y, en ausencia de éste, lo sustituye en algunas de sus funciones. Conocedor de sus atribuciones, tiene cuidado de no interferir en las de los brujos —de menor categoría— ni en las exclusivas de los sacerdotes. Incapacitado, por su rudeza, para aprender algo más de lo que ya sabía, mostraba, en cambio, insospechada sensibilidad para conservar entre los suyos su prestigio, cumpliendo sus encargos, transmitiendo los avisos divinos, obligando con castigos y deformaciones a los santos a conceder las peticiones de los feligreses y convirtiendo a Mandujano, a los ojos de la comunidad, en un aliado más que en una autoridad.

Colocado el desarrollo de estos caracteres sobre el esquema histórico, es comprensible que Catalina quisiera rehacer a sus oscuros ídolos bajo la urgencia de una vida mejor; que tratara de reconstruir un ritual; que recogiera y expresara las necesidades de su pueblo por tanto tiempo sofocadas. Es verosímil que Xaw Ramírez Paciencia mezclara en su estrecha mentalidad las manifestaciones del culto en cuyas prácticas participaba diariamente, con sus antiguas creencias. Y es factible armonizar dos conceptos tan opuestos como son la crucifixión de un niño —asociado francamente al sacrificio humano— con la promesa cristiana, entendida a medias, de una vida eterna.

Tan importante como el elemento religioso es en *Oficio de tinieblas* el concepto de la justicia; ésta va a tratar de definirse sobre todo a través de la preocupación que por ella manifiesta Pedro González Winiktón, quien tuvo, muy joven, su primer encuentro inolvidable con la injusticia de los blancos. Algo se rebeló en su sangre contra el abuso, pero quiso buscar sosiego para preparar su espíritu y sus aptitudes y poder un día tener en sus manos la balanza que pesa las acciones de los hombres. La organización política y la organización religiosa de los chamulas están ligadas íntimamente. Las actividades políticas o religiosas se llevan al cabo en San Juan Chamula, que es el centro ceremonial. Como todo hombre casado tiene la obligación de servir en alguno de estos cargos por un año y sin remuneración alguna, cuando son elegidos pasan a vivir en la cabecera municipal, y abandonan sus parajes para cumplir sus deberes cívicos. Dada la solemnidad con que anualmente se realiza el cambio de funcionarios, Pedro González Winiktón supuso que el ejercicio de juez era sagrado, y para desempeñarlo se preparó en la so-

briedad y en la disciplina. Grande fue su desilusión cuando descubrió que las dádivas, la borrachera y la violencia sustitúan, entre los suyos, a la justicia. En su búsqueda, tropezaba constantemente sólo con la injusticia. Vio que las costumbres arraigadas son difíciles de contrariar, y tuvo que admitir, con disgusto, que él mismo había favorecido algunas veces la falta de equidad. En su función de juez también vio consumarse toda clase de injusticias. Cuando urgido por la pobreza, después de haber abandonado sus tareas agrícolas por un año, tiene que "engancharse" para ir a trabajar a Ciudad Real, encuentra allí otras de las múltiples caras de la explotación. En Tapachula topa con don Adolfo Homel, el alemán dueño de *La Constancia*, que por exceso de soberbia tolera en su finca la escuela para sus peones. Winiktón aprovecha la ocasión para aprender a leer, y tiene la oportunidad de oír del propio Presidente de la República el ofrecimiento de restituir las tierras de las que los indios eran dueños primitivos y legítimos. De ahí su asociación de justicia con posesión de tierras. Vuelve a su paraje seguro de dos cosas: que no existe diferencia sustancial entre blancos e indios, y que hay esperanza de lograr la justicia.

Este es el momento en que se encuentra con Fernando Ulloa, servidor del gobierno, quien lleva la misión de hacer vigentes, entre los chamulas, las disposiciones agrarias. Interesados por iguales problemas, se unen. Winiktón será el intérprete de los mensajes de Ulloa y el guía por los caminos llenos de acechanzas. Ulloa se abandona a su ensueño de transformación social, y Winiktón participa en la tarea con igual pureza y convicción. Logran prender la mecha de la protesta, pero no mantener el fuego. La rebelión es un hecho. Con esto puede probarse que el estímulo puede tener una respuesta. Pero... irónicamente, el movimiento de justicia se sofoca en aras de la paz nacional, y la furiosa violencia de los indios se transforma en huida sin razón ni vergüenza. La idea de la justicia queda hecha jirones a los ojos de Winiktón, que, en su lugar, veía cómo la injusticia se había hinchado y enrojecido con la venganza.

El milagro estuvo a punto de realizarse. Parecía que los ídolos acababan de ganar una batalla a los santos de Chamula. Los indios tienen también a su Cristo y se han igualado a los blancos, puesto que ninguno de ellos morirá. Esta confianza despertada en ellos la conciencia de unidad y de número, y da principio al desahogo de rencor reprimido contra los blancos. Cuentan además con un líder que no sólo ha prometido, sino que ha actuado en su favor. Sin embargo, pronto pueden comprobar

que la muerte no ha sido vencida, y que no pueden confiar ni en los dioses, ni en sus sacerdotes, ni en sus guías. Han sido traicionados como tantas veces. Ya no hay nada que esperar. Y es cierto. La realización de las teorías del gobierno en favor de la población indígena se ha puesto en manos de un iluso, Fernando Ulloa, que, a pesar de sus buenas intenciones, es un hombre sin convicciones ni metas claras, incapaz de resolver ni su vida personal ni la de quienes confían en él. Esto significaría que existe un impedimento de fondo para lograr la incorporación del pueblo indígena a las formas de vida del presente, mientras no existan caminos más realistas y mejor planeados. Por otra parte, la alianza de estos grupos con las fuerzas mágicas de su pasado está definitivamente rota. La frustración es camino negativo; la intuición, por sí sola, es un elemento provisional que necesita apoyos más consistentes. Los chamulas quedan replegados en su zona intermedia; vuelven a triunfar las tinieblas en las que se han preocupado por mantenerlos, para su provecho, los únicos hombres verdaderamente fuertes: los finqueros.

Oficio de tinieblas parece descubrir, al lado de los conflictos que pueden darse en la contraposición de dos diferentes maneras de vida, las dramáticas consecuencias de la imposibilidad de comunicación. El aislamiento no sólo se da entre un grupo y otro, sino entre los mismos miembros de la comunidad indígena. Cada uno de ellos vive sitiado por una profunda preocupación que lo aleja de los demás: Catalina vive atormentada por su frustración maternal, cavilosa y solitaria. Cuando crece su fama de "ilol" y los demás esperan que ella interprete las decisiones de los dioses, se queda sin habla. En los momentos decisivos tenía que convencer no sólo con actitudes, sino con palabras, que ella no puede formular. Sus contorsiones, sus gritos, preparan la expectación, la espera que no se satisface. Al quedar vencida, "se borra en la oscuridad". La elocuente soberbia del P. Mandujano se derrite ante los impávidos rostros chamulas, que no son alcanzados por su fuego. No comprenden la lengua; sólo advierten el tono descompuesto y el gesto airado. La imperfecta traducción ofrecida por el sacristán les resulta incomprensible. Ulloa también está solo. Sus intenciones lo alejan de los blancos; su desconocimiento del medio y de las lenguas indígenas lo separan de los chamulas. Winiktón —el intermediario— no puede en tan poco tiempo cambiar la desconfianza ancestral en seguridad; y él mismo, obsesionado por encontrarse con la justicia, la busca a través de las teorías de Fernando Ulloa. El

obispo Cañaveral, hombre ya viejo y de salud débil, elude su responsabilidad exagerando sus enfermedades y aislándose en la oscuridad de su alcoba. Todos, en fin, se encuentran encerrados en el pequeño ámbito de sus limitaciones o de sus conveniencias.

Las peculiaridades de la vida familiar de los "coletos" se conoce a través de Leonardo Cifuentes, el hombre fuerte que busca —y consigue— poder, comodidades y placer. Para lograr su fin, usa procedimientos primitivos pero eficaces: el halago, la traición y la fuerza. Así, conserva a Isabel, su mujer, a una prudente distancia, enredada en el desasosiego provocado por su participación en la muerte de su primer marido. A Idolina, su hijastra, trastornada por la enfermedad, el encierro y las historias con que la nana india pobló su infancia, la convirtió en una sombra. De la misma manera, Marcela, la muchacha indígena atropellada por Cifuentes, se abandona a su confusión y, al igual que Idolina, vaga sin conciencia, para siempre marchita y destrozada. De Julia Acevedo, La Alazana, mujer de Ulloa, su oponente político, se sirve como de un placer caro pero diferente. Y aunque Julia considera que se trata de una lucha, no de una trampa, gana en ella el de mejores recursos.

Las relaciones entre el mundo indígena y el blanco se establecen por personajes puentes que participan de las dos categorías. Son éstos Teresa —la nana de Idolina— y Xaw Ramírez Paciencia. Los dos sirven a los blancos y les hacen conocer peculiaridades de su manera de entender el mundo. Parece que ambos aceptan resignados su situación y olvidan, sin consecuencias, tanto la generosidad como las pasadas afrentas. No encuentran su lugar en ninguno de los grupos humanos que unen, aunque transitan con libertad entre blancos e indios.

El procedimiento de asedio a los puntos principales de la obra propone una estructura en espiral sobre la que están elaborados todos los personajes. Al girar sobre sí mismos para desenvolverse en círculos más amplios y menos firmes, se interfieren y chocan, elaborando una atmósfera enrarecida y turbia, una complicada retórica del mal, mezcla de pasado y presente, egoísmo, frustraciones y fatalismo, en obsesionante laberinto. El oficio de tinieblas que comenzó por ser, en su sentido más directo, la culminación de la acción de la novela, extiende su simbolismo a todas las tragedias producidas por la falta de comunicación humana en una población ladina rodeada por un numeroso grupo indígena.

Pero esta obra es algo más que una excelente novela vivifi-

cada con las corrientes más nuevas de la literatura universal y con las preocupaciones de nuestro tiempo. Los elementos antropológicos, sociales y psicológicos que maneja, nos ponen en la pista de una situación real enfocada con objetividad y con talento literario. No podemos ufanarnos de una verdadera integración nacional. Los empeños que parten del centro del país no alcanzan con sus beneficios a las regiones más necesitadas. Los programas y las buenas intenciones no bastan para transformar la realidad de un pueblo. No es todavía tiempo de enorgullecerse ni de descansar sobre nuestras conquistas, sino de reflexionar y reajustar nuestra actitud ante una realidad que aguarda nuestra colaboración efectiva y valiente.

MARÍA DEL CARMEN MILLÁN

Facultad de Filosofía y Letras.